

EL SUEÑO DE MARIANO

Siempre que se despertaba tenía la misma extraña sensación. Recordaba pocas cosas, pero lo que se repetía era la luz. La luz de Granada nunca se olvida. Mariano Fortuny y Madrazo había nacido en Granada en 1871, en una familia llena de artistas, de grandes pintores. ¡Qué ciudad tan mágica era Granada! Su madre y su hermana M^a Luisa así se lo recordaban día sí y día también.

La Granada que recordaba Mariano, o que imaginaba, era una ciudad maravillosa, y aunque los recuerdos se confundían, nunca los olvidaba. Granada, con sus bellas calles empedradas, su Corpus que olía a hierba fresca, el barrio árabe del Albaycín, la magnífica capilla de los Reyes Católicos, la bella Sierra Nevada decorando el fondo de la ciudad... pero sobre todo, la Alhambra.

La Alhambra era, sin lugar a dudas, el lugar más especial de Granada y con el que seguramente soñaba todas las noches. La Alhambra y la espectacularidad de su luz, era lo que Mariano soñaba y no olvidaba jamás, siempre estaba en su memoria y su recuerdo.

Mariano no podía olvidar a su padre que se había ido tan pronto de su lado. Éste fue el gran pintor Mariano Fortuny y Marsal, y cuando pensaba en él, cerraba los ojos y lo veía allí, de pie, con su pincel en la mano, atrapando esa luz mágica de Granada. Su padre había sido un maravilloso pintor que había nacido en Reus (Tarragona) y había sabido atrapar la luz de Granada en sus cuadros como pocos pintores de su época. La Alhambra fue una gran inspiración, y el mundo árabe fue un motivo constante en su obra desde que de joven partiera a Marruecos junto con el gran escritor de Granada, Pedro Antonio de Alarcón, para documentar como cronista gráfico la Primera Guerra de Marruecos. Entonces, quedó fascinado por la estética árabe. Esto, sin lugar a dudas, fue el primer paso hacia los motivos árabes que tanto reflejó en sus dibujos y cuadros de la Alhambra.

Así fue creciendo el pequeño Mariano, con el recuerdo constante de su padre, él sabía que tenía miles de cosas que expresar, toda la herencia de impresiones que le dejó su padre y Granada florecerían, él estaba seguro.

En un primer momento se interesó, como toda su familia, por la pintura, y comenzó a hacer sus primeras obras. Mariano vivía con ellos en París, donde se habían trasladado desde la muerte de su padre. Estaba claro que con la influencia de esta ciudad de artistas y su familia, no era de extrañar esta vocación. Mariano estaba contento, pero sabía que él debía crear algo más. Tenía que atrapar esa luz, darle vida, esa luz con la que siempre soñaba y que encontraría algún día.

En una ocasión fue con un buen amigo a ver una obra de su autor favorito, Wagner. Éste representaba para Mariano el ideal de un gran artista y a menudo hacía dibujos o grabados de obras suyas que adoraba. Mariano admiraba tanto al músico, que a partir de 1889 se marchó a vivir a la bella ciudad de Venecia donde Wagner había fallecido. Allí

comenzó a trabajar su arte en un taller que instaló en su propia casa, que era el bello *Palacio Pesaro degli Orfei*, hoy llamado *Palacio Fortuny*.

Mariano disfrutó muchísimo el trabajo de esa representación, había sido muy bueno y la obra también, pero no dejaba de pensar que seguro que esa obra podría mejorar. Pensó y pensó qué sería lo que haría mejorar esa maravillosa obra y de repente tuvo una gran idea. Ya lo tenía, ¡cómo no lo había visto antes! estaba clarísimo, lo que sin duda mejoraría esas obras era la **iluminación escénica** adecuada. Esa iluminación escénica que faltaba era la luz indirecta. Así pues, creó el *Sistema Fortuny* y más tarde la *Cúpula Fortuny*. Estos sistemas de iluminación comenzaron a utilizarse por diferentes países europeos y sin duda alguna en los mejores escenarios de las ciudades más importantes. ¡Cómo mejoraban las representaciones con esta novedosa iluminación! La luz siempre presente, la luz.

Mariano que era un artista completo y total, también era amante de la fotografía. Ya sabemos que la fotografía atrapa el momento y sobre todo la luz, allí estaba presente la luz, su luz. La luz que siempre soñaba. Él sabía que las representaciones habían mejorado muchísimo, pero siempre quería más, era posible hacerlo mejor.

Nuestro protagonista se casó con una bella joven que era costurera. Ella lo amaba mucho y quería que alcanzara su sueño. El amor es esto, dar a la persona que amas, ayudarle a que cumpla su sueño, y lo animó a crear un bello vestuario para las representaciones. Con muchas ganas comenzó su trabajo como diseñador de moda y creó unas joyas de vestuario que ensalzaban la figura de los que lo vestían. No solo era la forma de la ropa, era también el tipo de tela y los colores, esos colores mágicos que atrapaban la luz. Consegúan, sin duda alguna, llenar de luz a quienes los llevaban, ese era su éxito. Así nació el bello diseño que Mariano bautizó con el nombre de *Delphos*. Era una túnica plisada de seda, con un cordoncillo decorado con cristales de Murano, de colores llenos de vida: azul índigo, verde esmeralda, rojo cochinilla... Estaba feliz, su arte le había hecho feliz.

Mariano murió en Venecia en 1949 a los 77 años de edad, cuando falleció cerró los ojos y lo último que vio no fue oscuridad, ni mucho menos, lo último que vio fue la bella luz de Granada. La luz con la que soñaba y que su padre le había sabido transmitir tan bien, y que él, como gran artista, siempre había perseguido y había conseguido captar en sus obras. Sonrió.

FIN